

De una liga mediocre: una selección mediocre

Alfredo Acle Tomasini©

Al juzgar la efectividad de un sistema de evaluación del desempeño, se dice que los elementos que se midan a través de él, serán determinantes para definir los resultados que eventualmente se logren. En otras palabras, dime que evalúas y te diré que obtendrás. Por ello, en un torneo de liga como el mexicano, donde es factible que equipos ubicados a la mitad de la tabla por sus resultados mediocres, resulten campeones, no debe extrañarnos que la selección de esa liga obtenga metas similares. Cuando se premia a la medianía, se propicia la mediocridad.

Fue a principio de los setenta cuando se decidió dividir a los equipos de la liga en dos grupos. Así aunque todos se enfrentaran entre si, se jugaría una gran final entre los líderes de ambos. El éxito financiero de este partido adicional fue tan bueno, que dio nuevas ideas a los dueños de los equipos, por lo que decidieron agregar seis encuentros más: los primeros y segundos de cada grupo se enfrentarían en visita recíproca, para que después los ganadores jugaran – también de ida y vuelta - la serie decisiva.

Pero esa veta generosa, que en abierta contradicción con Pitágoras demostraba que a partir de la división se puede multiplicar, no se agotó ahí; Si la liga se dividió en dos grupos, por qué no crear cuatro y aplicar la misma mecánica de visitas mutuas para decidir al campeón, lo que permitió sumar ocho partidos más. Posteriormente, en un desplante inédito de creatividad, alguien dijo: hagamos lo que estamos haciendo, pero no una vez, sino dos veces al año: la primera vuelta será el torneo de Verano y la segunda el del Invierno. Por tanto lo único que falta es que haya una serie final entre los campeones de ambos torneos.

En 1970 cuando todo esto inició, México ya había logrado pasar a cuartos de final en una Copa del Mundo y éramos los amos y señores de nuestra zona, los americanos y canadienses no lograban distinguir entre el aro de basket y una portería, mientras que a los centroamericanos los usábamos de sparrings. Por su parte los equipos africanos y asiáticos aparecían como curiosidades en las Copas del Mundo y por lo regular, regresaban a sus países cargados del cuero que recibían en abundancia.

Treinta años después el panorama es totalmente opuesto. En el año 2002, la selección mexicana jugando fuera del territorio nacional sigue sin poder pasar a cuartos de final, en tanto que países de nuestra zona y del Africa, ya lo han logrado. Más aún, Nigeria ganó la medalla de oro olímpica, en tanto que una gran cantidad de jugadores de ese continente militan en el fútbol europeo, cuando nosotros tenemos apenas a un par de representantes. Porque en un absurdo auspiciado por esa máquinita de hacer dinero que es la liga mexicana, muchos jugadores nacionales pueden ganar en el país más dinero de lo que les pagarían en Europa, lo cual además ha convertido a los equipos mexicanos en asilos para el retiro de futbolistas extranjeros, que vienen a cobrar salarios, que ya no les ofrecerían en ninguna liga de prestigio.

Todo esto no ocurriría si el aficionado no contribuyera. Su presencia en el estadio y enfrente del televisor financia todo el tinglado; lo vive, lo sufre y, sobretodo, lo imagina con la ingenuidad del niño, que casi convertido en púber, quiere seguir creyendo en los Santos Reyes; prefiere ver a los títeres y no pensar en quienes tiran de los hilos y se encargan de la tramoya. Con esa candidez, respaldamos a nuestra selección y como si ésta fuera una institución formalmente creada para ser la depositaria del orgullo nacional, así pensamos que sus triunfos y derrotas lo engrandecen o lastiman; “El equipo de todos” repiten entre aullidos e irreverencias al idioma español, algunos merólicos que narran sus partidos. Ojalá así fuera, pero ése es un negocio particular.

Lo criticable no es que del fútbol se haga un negocio. Así es en la mayor parte del mundo sobretodo en países que han logrado destacar. Pero a diferencia de lo que pasa en éstos, nuestros empresarios deportivos han creado un lucrativo sistema de competencia, pero han sido incapaces de elevar la calidad del fútbol nacional. Sólo repiten los mismos vicios que han enterrado a buena parte del empresariado mexicano: la visión de corto plazo que explota al máximo un mercado cautivo. Los verdaderos culpables del fracaso en Corea no son ni el entrenador, ni los jugadores, sino los dueños de los clubes que nos quieren seguir vendiendo gatos por liebres. Ellos no entienden que éstas si pasan a cuartos, en cambio los segundos se quedan en octavos diciendo que en cada mundial, eso – quedarse - lo hacen cada vez mejor.

taa@avantel.net